



PLAN DE OBRAS: ARMONÍA, PROPIEDAD Y SINDICATO VERTICAL *

David Soto Carrasco **
Universidad de Murcia

I

Desde la primavera de 1941 el proyecto fascista totalitario español se verá claramente cuestionado, en primer lugar por una gruesa parte de la jerarquía militar. Las fricciones entre Falange y el Ejército irán aumentando por la reserva de algunos generales a la incorporación española a la contienda mundial. Salvo los generales falangistas Yagüe y Muñoz Grandes, la mayor parte del alto mando era contrario a las tesis totalitarias del Partido y estaban enérgicamente en contra de su predominio sobre el recién creado aparato estatal¹. Además, buena parte de los antiguos grupos conservadores, monárquicos o tradicionalistas, fundamentalmente católicos, habían manifestado su incomodidad con las derivas totalitarias que el Estado estaba adoptando y exigían una profunda regeneración católica. El conflicto entre ambos grupos desencadenaría una crisis de gobierno en mayo de 1941, en la que Franco, ante las presiones de una Falange que reclamaba para ella todo el poder del Estado y las dimisiones de Pilar y Miguel Primo de Rivera, optaría por una resolución de castigo dividiendo aún más si cabe a las fuerzas falangistas. Los nuevos nombramientos supondrán un viraje contra las expectativas de Falange, a pesar de que tres de las carteras ministeriales

* Este trabajo se inscribe en el marco del Programa FPU del Ministerio de Educación (AP2007-02918).

** davsoto@um.es

¹ Para una amplia visión de contexto de este período entre otros: S.G. Payne, *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*. Barcelona, Planeta, 1997, pp. 528 y ss; J.L., Rodríguez Jiménez, *Historia de la Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 351 y ss.; E. Nicolás, *La libertad encadenada. España en la dictadura franquista 1939-1975*. Madrid, Alianza Editorial, 2005 pp. 25-64; B. de Riquer, *La dictadura de Franco*. Barcelona, Crítica, Marcial Pons, 2010, pp. 17 y ss; pp. 88-89.



acabaron en sus manos. Trabajo iría a parar a un “camisa vieja”, José Antonio Girón, Agricultura a Miguel Primo de Rivera y la Secretaría General del Movimiento a José Luis Arrese. La reestructuración de equilibrios gozó de raro merito pero de evidente efectividad. Franco reafirmó su poder frente a Falange, convirtiéndola de aquí en adelante en un apéndice de su Estado, y un poder disciplinario en todo momento a su servicio. Serrano Súñer perdería Gobernación, que recayó en el militar Valentín Galarza, un monárquico que había intervenido en la preparación del golpe de Estado del 18 de julio. Pero lo más destacable de la remodelación del Gobierno quizá fue el ascenso de uno de los hombres fuertes del Régimen durante los siguientes años, el militar Luis Carrero Blanco, como consejero privilegiado del mismo Franco en el puesto de subsecretario de Presidencia del Gobierno. De tal modo, los falangistas totalitarios habían perdido Interior y Prensa y Propaganda. Entre otros, fueron cesados de sus cargos Dionisio Ridruejo, como delegado nacional de Propaganda, y Pedro Gamero del Castillo, vicesecretario nacional del Movimiento, ambos vehementes radicales². De aquí en adelante, Prensa dejó de depender del Ministerio de la Gobernación para entrar a formar parte de las funciones de la Secretaría General del Movimiento, que al poco dirigirá el católico Gabriel Arias Salgado³. Pronto, las consignas reaccionarias y católicas sustituirán a la propaganda revolucionaria y sindicalista falangista. Serrano mantendrá durante un año Asuntos Exteriores, pero las discrepancias con Carrero le llevarán pronto a presentar su dimisión, que Franco no admitió⁴. El partido, como ha visto Ismael Saz, había perdido su última ofensiva, y con ello

² Una exposición de la relación de los ministros y su adscripción ideológica en el clásico: R. Tamames, *La República. La Era de Franco*, Madrid, Alianza, Editorial, 1973.

³ Cfr. F. Sevillano Calero, *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1971)*, Alicante, Universidad de Alicante, 1998.

⁴ Cfr. J. Tussell y G. Queipo de Llano, *Franco y Mussolini. La política española durante la segunda guerra mundial*. Barcelona, Planeta, 1985, pp. 130-135.



su proyecto político totalitario y autónomo⁵. De la crisis de mayo emergerá “la Falange de Franco”⁶. Con un partido maniatado y sumiso, poco a poco, el régimen irá desprendiéndose de la fachada fascista para privilegiar la ultracatólica. Así, la crisis de 1941, que significó el triunfo de los falangistas “legitimistas”, menos fascistas, es un síntoma de las disputas silenciosas entre las distintas corrientes que dentro del Movimiento pugnaban por su supremacía. En este *impasse*, y a la hora de determinar la deriva ideológica del régimen en los próximos años, cobra relevancia la figura de José Luis de Arrese, un “camisa vieja” de *pedigrí* inferior, católico y reaccionario emparentado familiarmente con José Antonio Primo de Rivera que dirigirá, con la entera confianza de Franco, la Secretaría del Movimiento en dos ocasiones (1941-45; 1956-57) y a la postre el Ministerio de la Vivienda (1957-1960)⁷.

II

Con Arrese se iniciará una progresiva catolización del régimen franquista y una vuelta al tradicionalismo más ultramontano y a los hombres y a las ideas de *Acción Española*. Además, su llegada al ministerio irá precedida del acuerdo que Serrano y el nuncio Cicognani firmaban el 7 de junio, por el que se confirmaba la confesionalidad de un Estado que se comprometía a “concluir cuanto antes con la Santa Sede una nuevo concordato inspirado en su deseo de restaurar el sentido católico de la gloriosa tradición nacional”⁸. Con el paso del tiempo, dos leyes fundamentales, el Fuero de los españoles y la Ley de

⁵ Cfr. I. Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Barcelona, Marcial Pons, 2003, pp. 306-308.

⁶ J.M. Thomàs, *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*. Barcelona, Plaza y Jánés, 2001.

⁷ Para una aproximación biográfica y un análisis del papel de Arrese en la crisis de mayo de 1941 el trabajo de Á. de Diego, *José Luis Arrese o La Falange de Franco*, Madrid, Actas Editorial, 2001

⁸ Citado en: J.M. Cuenta Toribio, *Nacionalismo, Franquismo y Nacionalcatolicismo*, Madrid, Actas Editorial, 2008.



Sucesión en la Jefatura del Estado refrendarán en 1945 y 1947 respectivamente dicha confesionalidad⁹. El régimen a marchas forzadas pretendía, a fuerza de ser católico, dejar de ser fascista¹⁰. En este sentido, en *La revolución social del Nacional sindicalismo* escribe Arrese:

“España, y óiganlo bien claro algunos que visten la camisa azul, pero tapando la camisa roja, España no será nada si no es católica. España solamente fue grande cuando tuvo un grande espíritu religioso. Los que hablan de la España neutra de la Patria sobre todo, de la Iglesia sin clero, ni son falangistas ni saben lo que dicen”¹¹.

El ensayo será un intento de enlazar en una misma doctrina el programa falangista con el pensamiento tradicionalista español. Al mismo tiempo, presenta las propuestas políticas y sociales, que emanan de los puntos económicos del falangismo de José Antonio Primo de Rivera o Raimundo Fernández Cuesta, destinadas a solucionar el “problema social” que representa la desaparición del “orden antiguo” con la aparición del gran capitalismo y el trabajo asalariado. Para el autor, la Familia se constituye como eje central sobre el que se estructuran la comunidad política y las relaciones sociales. La propiedad, que nace del trabajo, se despliega como derecho individual y colectivo sobre el que debe construirse el nuevo estado. Además, el autor, incidiendo sobre la españolidad de Falange, planteará la necesidad de estructuración económica y política del estado a partir de los conocidos “sindicatos verticales”. La obra de Arrese también va a proyectar una tajante separación entre el modelo nacionalsindicalista español y los movimientos totalitarios italiano y alemán pero sin negar las semejanzas y los encuentros

⁹ Cfr. E. Álvarez Cora, *La constitución postiza. El nacimiento del fuero de los españoles*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, pp. 185-209.

¹⁰ I. Saz, op. cit., p. 340.

¹¹ J.L. de Arrese, *La revolución social del Nacional sindicalismo*. Madrid, Editora Nacional, 1940, p. 41. En adelante se indica sólo el número de página.



entre los tres, como sí haría posteriormente. A su modo de ver, el nacionalsindicalismo era totalitario, pero lo que en él predominaba era principalmente una profunda esencia católica.

En cuanto a la obra, *La revolución social del Nacionalsindicalismo* fue publicada en 1940 por la Editora Nacional, aunque en la posdata de la misma, Arrese asegura haberla escrito en 1936 y terminado en 1937. Según el autor, el ensayo debía haber visto la luz ese mismo año con un prólogo de José Antonio Primo de Rivera (227-229). Sin embargo, con el traslado a Alicante y posterior estallido de la guerra, esa y otras obras se perdieron (*La revolución agraria del Nacionalsindicalismo*). En un reseña de Guillén Salaya en las páginas de *Arriba* también se asevera que el libro “se publica sin retoque en 1940 para lección de los siempre resentidos, amargados e ilusos. (...) Escrito en 1936, pocas tildes habría de quitar hoy el capitán fundador de Falange”¹². No obstante, en su momento, Southworth indicó que la referencia a 1936 no sería más que un intento de “servirle de atestado para su entrada en la fraternidad de los camisas viejas”¹³. El británico subraya además que el hecho de que en libros posteriores de Arrese, bajo la mención “Obras del mismo autor”, se atribuya a la citada obra la fecha de 1935 entraría en discusión con una cita a un discurso de La Pasionaria en el Vel d’Hiv de París en septiembre de 1936. Lo que le llevaría a concluir que la obra era absolutamente nueva en 1940 y estaba destinada a servirle de *dossier* para demostrar su pasado falangista. Por otro lado, Álvaro de Diego, que sigue los testimonios de Valdés Larrañaga, afirma que la interpretación de Southworth no tiene fundamento y que no se puede aventurar que Arrese tuviera que cambiar el contenido del libro después de la guerra, en la medida que ya había tenido un acercamiento a Falange en la primavera de 1936. Según el criterio de Valdés Larrañaga, a quien secunda De Diego, José

¹² Recogido en: Á. de Diego, op. cit., p. 107.

¹³ H.R. Southworth, *Antifalange. Estudio crítico de Falange en la Guerra de España* de M. García Venero. París, Ruedo Ibérico, 1967, p. 211.



Antonio le había comentado haber leído cierta obra “de carácter social y económico” presentada por Arrese, de la que dijo discrepar en sus planteamientos¹⁴. En este sentido, De Diego alega que el líder falangista estuvo cerca de José Antonio ya en 1936 pero que su gestión “debió de haber sido lo suficiente discreta para que la inmensa mayoría de los falangistas lo desconociera”. Por su parte afinadamente, Ismael Saz ha destacado que tan categórica manifestación de catolicismo y animadversión hacia los falangistas “parece más remitir al contexto bélico o postbélico que al de la España de 1936”. A su parecer, la frase arriba referida podría ser, en cualquier caso, un añadido de 1937, si se atiende a las palabras del propio autor en la edición de 1940¹⁵. Además, habría que destacar que se trata de uno de los pocos libros escritos por un dirigente de Falange en los que figura el *Nihil Obstat*. Como acertadamente indican De Diego y Southworth, Arrese agregó al *imprimatur* eclesiástico otro *imprimatur* falangista. Toda una manifestación de intenciones.

III

Evidentemente *La revolución social del Nacionalindicalismo* es un programa político, social y económico para la construcción del nuevo Estado que comparte ideas tanto del falangismo de Primo de Rivera como de la doctrina social de Pío XI (119). Arrese plantea una filosofía de la historia cuya culminación sería el nacionalindicalismo que permitiría la recuperación de una armonía rota por la Modernidad y el capitalismo, mediante la reunión del patrono y el obrero en un mismo sujeto político, la Nación, bajo la forma política del sindicalismo vertical. El libro comienza con una primera parte de introducción a la historia de las doctrinas económicas en la que el autor nos expone su interpretación del liberalismo, del marxismo y del

¹⁴ Á. de Diego, op. cit., pp. 108-109.

¹⁵ I. Saz, op. cit., pp. 211-312, n. 10.



nacionalsindicalismo. Desde su punto de vista, la aparición del gran capitalismo y del maquinismo derrumbó los firmes cimientos de la época estamental dando lugar con el paso de los siglos al problema social de la lucha de clases. En un primer momento, tuvo lugar la eliminación de los estamentos con el nacimiento de la industria y del trabajo asalariado, que acarrearía el surgimiento de las clases sociales, que de manera precipitada entrarían más tarde en guerra entre sí. Además, el desarrollo de máquina implicó la eliminación del hombre en los puestos de trabajos tradicionales dando lugar a miles y miles de parados, que llenos de odio por su condición de parias, asaltaron en masa el Estado. Por un lado, el maquinismo significaba la primacía de lo material sobre lo espiritual. El hombre soberbiamente, dice el líder falangista, quiso parecerse a Dios. Por el otro, la industria vino a destruir la armonía que el cristianismo había establecido en el sistema estamental estructurado sobre los gremios profesionales y el taller (13). De igual modo, el desarrollo técnico hizo creer que estaba en la posibilidad de un desarrollo infinitivo de sus posibilidades. En este contexto, el liberalismo, según Arrese, favoreció sólo al capitalista, al patrono, dejando al obrero a su triste suerte. Mientras el patrono se enriquecía más y más, el obrero se deshacía material y espiritualmente. Con el marxismo, el obrero aprendería a organizarse constituyéndose como clase social frente al patrono. Sin embargo, también significó una apuesta por las cuestiones materiales. En el fondo, dice el falangista, el obrero simplemente quería poseer lo mismo que el patrono. El marxismo tampoco se preocupó por el alma de hombre. Así, igual que el liberalismo, el marxismo olvidaba los intereses de la nación por los intereses de la clase. De ahí, la crítica al parlamentarismo del arquitecto vasco: el parlamento ya no representaba a la nación sino que se había convertido en la lucha por los intereses económicos concretos de una clase, como había señalado también Carl Schmitt. Era necesario volver a la armonía perdida de la vieja sociedad gremial. De hecho, la reivindicación de la vuelta a



una sociedad anterior a todo industrialismo asentada sobre el campesinado será una constante a lo largo de toda la obra (210). En este espacio, el nacionalsindicalismo se presentaba como la solución a la cuestión social. A su modo de ver el nacionalsindicalismo se hermanaba con el nacional-socialismo y el fascismo a la hora de afrontar el problema social contemporáneo. “Son hijos de una misma madre, del espiritualismo” (35). Sin embargo, el nacional-sindicalismo frente a los otros movimientos entroncaba con la esencia de España: el catolicismo. Era algo propio sólo de los pueblos de cultura hispana (167). Son los valores del catolicismo los que unían la nación en armonía y “espiritualizan la vida”. Así, “decir España falangista, es tanto como decir España católica” (42). Arrese enlazaba intencionadamente las preocupaciones del nacional-sindicalismo falangista con las propuestas de los pensadores reaccionarios próximos a *Acción Española*. El destino para España sólo se podría atisbar en la medida que se regresara al orden perdido. Para el falangista, la Modernidad era un mecanismo extranjerizante que había producido la entrada en España de elementos que le eran ajenos por esencia: el liberalismo y el marxismo. El golpe de estado del 18 de julio era bajo esta guisa el intento de rectificación de esos “errores”¹⁶. El nuevo estado, al que el nacionalsindicalismo debía aspirar, pasaba por la implantación de una justicia social basada en la unión de Trabajo y Capital, y en la defensa y desarrollo de la propiedad privada. Todo ello implicaba la organización del obrero, del técnico y del empresariado a través del Sindicato.

En el fondo, apunta Arrese, se trata de hacer de España “una totalidad orgánica”, un gigantesco sindicato de productores que recupere la vieja armonía que constituía la organización gremial (52). Por su parte, el gremio

¹⁶ “Pero hay todavía algo más triste, y es que ese pueblo que había sabido conservarse español, ese pueblo que luchó hasta el heroísmo contra todo lo extranjero, acabó también por rendirse al extranjero. El liberalismo nos arrebató media España y el marxismo nos llevó la otra media. Tenemos, pues, que emprender la doble tarea de rescatar España y el pueblo” (38).



reposaba sobre la unidad familiar. A su parecer, la familia es el núcleo de la sociedad (84). En este sentido, otra de las características de la esencia española era el patriarcado (193). Así, el salario vendrá determinado por el trabajo del padre-cabeza de familia. Con lo que la mujer quedaba expulsada de la vida pública y condenada al hogar. De igual modo, la organización social mantendrá la misma relación de jerarquía que el régimen patriarcal sobrelleva. Si el liberalismo había matado al gremio, ahora era necesario “derribar” el liberalismo y atender a un nuevo plan de obras.

Bajo la estela de las críticas de Ledesma y de José Antonio al gran capitalismo financiero, Arrese aseverará también que el capitalismo industrial formado por la acumulación de los “útiles de trabajo” ataca a los obreros y a los propietarios. El desarrollo de los *Trust* y de las sociedades anónimas había producido un proceso por el que el accionista dejaba de interesarse por las condiciones materiales del obrero. Esto era necesario pararlo. Había que poner al gran capitalista en manos del Sindicato. El Estado debería controlarlo todo, incluso ser “autosuficiente” (200). Contra liberalismo, economía nacional, formulará el líder falangista. Además, no vacilará en hablar de la necesidad de establecer aranceles para proteger la agricultura española. Bajo esta óptica se pueden entender los años siguientes de la autarquía del régimen. Con todo, frente al marxismo, nuestro autor reconocía el derecho a la propiedad privada, como elemento estructural de la sociedad emanado del derecho y deber a trabajar. La propiedad será considerada como un derecho natural destinado a satisfacer las necesidades del individuo que el Estado debía proteger a toda costa. De tal modo, “El Estado nuevo debe construirse sobre la propiedad privada” (117). Para justificarlo, el falangista no dudará en acudir a las encíclicas de León XIII o Pío XI o a referencias concretas a autores católicos como Tomás de Aquino o Veermerch. Hasta el punto de admitir, que “no hay diferencia entre el lenguaje de la Iglesia y el nuestro” (126). El capitalismo



financiero además de extranjerizante era, por principios, anticristiano. De lo que se trataba ahora era de poner la iniciativa privada, sobre todo la financiera, al servicio de los intereses colectivos bajo un Estado total y nacional (175). En este contexto, el nacional-sindicalismo se presentaba como la forma ideal de gobierno capaz de superar las divisiones de clases y las luchas entre ellas. Además, a su modo de ver, era el único sistema que podía lograr que todos los cuerpos productivos del Estado se unieran en una misma misión: la nacional. De este modo, el Estado se organizará vertical y gremialmente mediante la agrupación de los sindicatos de los distintos grupos productores (191 y ss). Frente al nazismo y al fascismo, señala Arrese, el nacionalsindicalismo no es un corporativismo porque no presenta dualidad entre la esfera política y la esfera civil como aquellos (219). Los sindicatos verticales entroncan en un mismo haz a todos los elementos productores. Ese tronco común es la nación, cuyo hálito vital es el catolicismo.

En suma, la obra de Arrese, escrita según él en 1936, es una expresión, un índice más bien (pero también un factor), de las nuevas coordenadas por donde discurrirá la dictadura franquista durante los próximos años. Arrese simbolizará la clara supeditación de la Falange al Estado, y por tanto a Franco. Con él, el mito ledesmiano, y a la vez soreliano, de la revolución nacional y sindicalista había concluido. Tocaba otra vez volver al de la contrarrevolucionaria y católica España.